

Filosofando

El valor de la infancia y el clamor de los niños

Luis Armando Aguilar Sahagún

La infancia es, por excelencia, la edad del pleno ser, de la fresca configuración de la persona, de la capacidad de vivir en el presente como difícilmente es posible volverlo a hacer. Es la edad del crecer en total dependencia. Y en su insuficiencia, los niños nos enseñan a vivir esperándolo todo de la buena voluntad de los demás, comenzando, desde luego, con sus padres.

Entre tanto, los adultos nos preocupamos por la educación de los niños y de los jóvenes. Queremos que hagan suyos unos valores, que se formen de cierta manera, preparándolos para un paso bien dado hacia la edad adulta.

Se ha entendido la acción educativa como una transmisión de valores, como entrega de posibilidades de vida y realización. El acto de entregar supone unos sujetos y, en ellos, una bondad que los lleva a dar de lo que han recibido. Las posibilidades que se entregan siempre lo son bajo formas particulares de vida, tradiciones, cosas, etc. En todas estas reflexiones subyace un supuesto humanista de fondo: la relación educativa tiene que ver con el paso de lo impersonal a lo personal. No es un proceso automático, sino que supone trabajo, cuidado, solicitud, la intención de hacer algo por alguien. Supone que el ser humano vive desde los demás, de lo que le dan y es capaz de transformar y asimilar con ello. El punto decisivo está en la capacidad de apropiación que asumen los sujetos de lo recibido.

El punto de partida es la capacidad de darse cuenta de que algo ha sido dado, una entrega que se vive como gratuita o como con una deuda, un don, etc. Educar tiene que ver con hacer que las personas se hagan (más) humanas.

Humanizar se convierte en verbo cuando se intenta hacer que el hombre viva y proceda de acuerdo con un modelo o esquema más o menos completo de lo que se concibe que es y debe ser.

Por eso, educar tiene que ver con el desarrollo, el crecimiento, el avanzar. Avanzar, crecer, desarrollarse supone asistencia por parte de los demás. De ahí que la educación como dimensión maternal de la convivencia social, esté ligada de raíz a la enseñanza de las cosas básicas que ayudan a que alguien crezca, viva, florezca.

El ser humano vive bajo el riesgo permanente de dañar cada vez más los ya deteriorados vínculos humanos que apenas nos siguen uniendo. En este contexto hacer de la fraternidad un proyecto con sentido se muestra como el más utópico e indeseable de los proyectos. ¿Quién desea hacerse hermano de Caín?

Habrá que vivir y pensar la solidaridad, la unidad y la igualdad. Por lo que a mí toca, me voy a hacer hermano del que está junto a mí, del que me encuentro a mi paso, pero dentro de mi territorio, con quienes ya existe un sentimiento de cohesión y frente a quienes me ayudan a redescubrir el sentido, uno, así sea provisional.

Enseñar y educar

“*Matrix educat. Magister Docet*”. De acuerdo con este adagio clásico de la antigüedad, la

educación es fundamentalmente una tarea maternal. La palabra *educación* ha llegado a abarcarlo todo, al grado de que su uso ha perdido su referente principal, el *analogatum princeps* como se dice en la terminología escolástica. La falta de claridad a este respecto ha derivado, por una parte, en la enorme proliferación de enfoques y disciplinas que buscan estudiar el fenómeno educativo. Por otra, en la falta de claridad de lo que es educar frente a todo lo que no lo es.

Se trata de saber si no hay una atribución de funciones que resulta inadecuada para el cabal cumplimiento de los propósitos de quienes nos dedicamos a la educación y la enseñanza, ya sean personas o instituciones. Puede decirse que, la figura de la madre educadora es el icono en el que se combina esa doble función. Así también podría decirse que la madre naturaleza nos educa, ya sea con referencia al hombre primitivo respecto del hombre civilizado, a lo primordial que en el hombre se vincula al conjunto del reino animal, o a las crisis ecológicas que agudizan la conciencia de penuria, escasez y desamparo.

La figura paterna, por su parte, hace referencia a un compañero, un instructor, un amigo, un apoyo.... o a todo lo contrario. Si se pierde la paternidad, se pierde la común fraternidad. El padre me mueve a ser adulto, a imitarlo, a aprender de sus cualidades. La madre me mueve a volver a ella, a contar con su protección, a no olvidar sus enseñanzas básicas.

Hoy, en muchos hogares, el padre y la madre están ausentes, sin que exista claridad sobre quién fue el primero en abandonar al otro. Hay rupturas profundas, entre ellos y sus hijos. Ni la sociedad ni la escuela pueden suplir esas figuras. La “escuela educadora” ocupa el lugar de la madre, con resultados ambiguos. El “magisterio” difícilmente logrará lo que no haya logrado la figura paterna.

En la época que vivimos, época secular, el padre-madre común se oculta. El ser humano sigue buscando su desarrollo. Quiere crecer, ser, aprender a vivir, pero ya no sabe de la mano de quién. Su hermano puede ser su peor enemigo. Nadie puede enseñarle al hombre a ser humano. La tierra parece ser el único seno acogedor. Como en tantos hogares rotos, el padre es el gran ausente.

El clamor de la infancia

Hay un clamor que se deja oír por todas partes: ayúdenme a descubrir el valor de mi propia humanidad. Es un clamor silencioso, desoído, silenciado por la estridencia de los medios por los que ese clamor busca encontrar atención: medios de la violencia, de la indiferencia frente a lo que los adultos, preocupados o no, quisieran que ocurriera con sus hijos e hijas; medios de dispersión, desánimo para hacer lo que se espera de ellos, negación de un mundo roto, medios de estridencia y de embotamiento, de destrucción y hasta de autodestrucción.

El clamor proviene de los jóvenes, que se revelan frente a un mundo hostil; y de los niños, a quienes no se permite, simplemente, ser y crecer según su momento, ese modo de ser que dura unos cuantos años. De lo que reclama su derecho a ser niñas y niños. El niño descubre el valor de su propia humanidad cuando es amado, cuidado, atendido. Cuando se descubre a sí mismo como alguien importante, objeto de solicitud, cariño, en posibilidad de confiar en que la vida no es terrible, que los aspectos repugnantes y agresivos de la convivencia no tiene porqué ser la nota dominante, sino que, lo que llamamos dignidad humana, bien puede estar presente, en los distintos ámbitos de la vida, de la convivencia, en los quehaceres y en los juegos, en las obras humanas.

“Ayúdenme a descubrir el valor de mi propia humanidad”

¿Desean que sepa descubrir la dignidad de todos los hombres?

Descúbranla ustedes, primero, en nuestros rostros. Edúquenme para admirar esas obras grandes y valiosas, ante todo las de ustedes, a quienes tengo cerca, y de quienes más puedo aprender. En ellas podré descubrir la común Humanidad.

Enséñenme a descubrir mi humanidad, en lo que ustedes son y me muestran. En medio de tantas cosas, de tantos juguetes y artefactos, de tantos recursos educativos, corro el riesgo de embotarme, de no saber qué vale la pena, de no descubrir mi humanidad, que es más rica y valiosa que todas las cosas que el mundo hoy quiere depositar en mis manos, más honda y hermosa que la tecnología; todas las especies de animales juntas, todas las plantas y todos los planetas.

Si me enseñan a descubrir el valor de mi propia humanidad podré descubrir el valor de mi prójimo. Sabré respetarlo, aprenderé a cuidar de él, a jugar, a competir sin deseo de imponerme, a desprenderme de lo que no necesito y a compartir con quienes necesitan de mí y de lo mío. Aprenderé a sacrificarme por las cosas importantes, y, sobre todo, por los demás, de quienes recibo mi posibilidad de ser y desarrollarme.

Enséñenos a pensar. No nos llenen la cabeza de cosas inútiles; piensen qué es lo que realmente nos quieren comunicar. No entorpezcan nuestro entendimiento con falsas razones. No dejen que nadie oscurezca la luz de lo que solitos podemos captar. Enséñenos a dialogar en el combate.

Enséñenos a saber estar en el mundo, a vivir en el gozo de poder crecer, crear y amar. Enséñenos a resistir la dureza que hay que enfrentar y a padecer el sufrimiento inevitable que sin duda se habrá de presentar.

Pónganos límites con suavidad, con determinación, pero con cariño. De nada nos sirve crecer en un mundo cómodo y blando; eso no nos hará mejores personas. Formen nuestro carácter como se forma el metal más resistente y más noble.

Queremos vivir la igualdad desde el fondo, como cuando, al jugar, lo único que cuenta es que somos unos con otros, con todos los demás, que estemos contentos, que en ese rato el tiempo no cuente, que no acabamos peleados.

Eduquen nuestro corazón. Formen en nosotros el rostro de nosotros mismos. No lo deformen. No lo estilicen. Déjense interpelar por nuestros silencios, por nuestras rebeldías. No piensen que lo saben todo acerca de lo que somos. Algo muy grande nos une, y algo muy grande nos separa. Nuestro ser niños y niñas es un misterio que se esfuma fácilmente. Respétenlo. Venérenlo, y nosotros aprenderemos a venerar.

Dejen que fluyan y nos fortalezcan nuestros mejores sentimientos. Sientan con nosotros. Cuiden nuestro candor con su amparo. No repriman la inmediatez de nuestro sentir vital. No nos enseñen ni nos obliguen a fingir. Creen para nosotros una conciencia de amparo en el mundo, y ayúdenos a exponernos a él con audacia y con prudencia. Háganos ver todo lo que somos capaces de crear, hacer y heredar a los demás.

No bloqueen el movimiento interior que palpita en nosotros hacia las cosas grandes, nuestro amor a las hazañas. Dejen florecer en nosotros la iniciativa. No creen obstáculos con normas irracionales, con un amor ciego, con una protección que nos paraliza. Queremos encontrar en casa lo que ustedes se imaginan que nos darán en la escuela. Enséñenos, con su ejemplo,

a acostumbrarnos al esfuerzo. Déjenos ver, en lo que nos quieren heredar, las finalidades por las que vale la pena sacrificarnos, a cumplir con gusto con los deberes especiales de nuestro momento. No queremos sentir la injusticia y la arbitrariedad en sus castigos. Háganse humanos cuidándonos.

Somos sus hijos, sus hijas. También somos sus prójimos. Provenimos de ustedes y somos, cada cual, un enigma. Somos niños, niñas y queremos serlo. Ayúdenos a descubrir nuestra propia humanidad. Es su deber, su obligación, su responsabilidad, y también su privilegio y oportunidad.